



AL REDEDOR DEL ESTILO

LXX

Volvamos a los tontos. ¡Me han enseñado tanto! ¡Me han divertido tanto! ¡Me han hecho tanto reclamo! ¡Les debo tantas sugerencias!

Y, ante todo, relejendo hoy el canto XXVI de este poema épico en prosa sobre el estilo, he vuelto a reflexionar sobre eso de los tontos con estilo y de los tontos con sentido común. Y me he percatado de que en más de una ocasión me he dejado llevar de mi primer empuje al juzgar y determinar a algún tonto. He pasado de la raya, he lanzado la pelota fuera del escás, queriendo servirme de la sierra cuando bastaba el hacha. Y voy a explicar esto, que nos dará un acabado ejemplo de lo que es, en estilo, el aticismo.

En los «Diálogos de los muertos», de Luciano de Samosata, hay uno delicioso entre el filósofo cínico—o parrano—Menipo y el dios Hermes, o sea Mercurio. Van presentándose a la orilla del Aqueronte las sombras de distintos muertos, que quieren que Caronte les pase al otro reino, al de Plutón, y, según se presentan, Menipo dice de qué superfluidades tienen que desprenderse. El atleta, del exceso de sus músculos; el lechuguino, de sus aceites, y así de los demás. Llega el filósofo o, mejor, el sofista, colijunto, crespo, desaliñado, y Menipo pide que se le afeiten las enmarañadas barbas con que se da toque de gravedad, y requiere un hacha, que afilará en la pasarela del barco para afeitarle luego al filósofo sus barbas. Entonces Hermes pregunta a Menipo si no será mejor una sierra para aserrárselas. Y el cínico responde: «No; basta el hacha!»

¡Basta el hacha! He aquí una perfecta expresión de la medida de la burla ática. Y recuerdo que cité el aforismo de Luciano, o mejor, de Menipo, cuando un día oí en el Ateneo de Barcelona decir, en son de chunga, aquello de «Reus, Londres y París». Y repliqué que esto, por su grossera exageración, carece de toda gracia y que no hacía falta la sierra, bastando el hacha que dice: «Londres, Reus y París.» Y perdonen los reusenses.

Toda exageración, en efecto, suele ser un pecado contra el estilo. Y de aquí lo de aquel canónigo, cristiano moderado, que al recordarle lo que el Cristo dijo de ser más difícil el entrar un rico en el reino de los ciegos que hacer pasar un camello por el ojo de una aguja—o acaso que enhebrar por él un calabrote—y otras sentencias por el estilo, el buen canónigo, cristiano moderado, replicó sonriendo como quien está en el secreto: «No haga usted mucho caso; Nuestro Señor Jesucristo arg un exagerado.» Y son muchos los canónigos, cristianos moderados, que creen que el Cristo exageraba cuando pronunciaba una de sus paradojas. Ya que el Evangelio está lleno de ellas. Y es que los canónigos suelen ser cristianos de término medio, de cristianis-

mo común, de sentido común cristiano, sin peligrosas exageraciones evangélicas.

Y ahora, una vez aclarado lo de la sierra y el hacha y lo de las exageraciones evangélicas, volvamos a los tontos.

Os decía que en más de una ocasión he pasado de la raya, he requerido la sierra cuando bastaba el hacha, al juzgar y calificar al tonto por dejarme llevar de mi gusto por la paradoja, por la exageración, más o menos evangélica y apocalíptica. Sobre todo cuando juzgaba a un tonto medio.

«Y eso de tonto medio, ¿qué es?»—pregunta el lector—. Pues tonto medio es tonto de término medio, tonto atacado de tontería media, de ramplicería o de trivialidad vulgares y corrientes. O sea de sentido común. Y el tonto medio no es peligroso hasta que el ámbito o los que se sirven de él le entontecen aún más. Porque hay el tonto entontecido.

Decir, por ejemplo, de un tonto medio, de un tonto con tontería de término medio, con tontería mediana, aunque luego las vicisitudes de la vida le hayan entontecido aún más; decir de él, por ejemplo, que tiene menos seso que un grillo, es, sin duda, una exageración. Es tan exagerado como decir que es más difícil que un rico entre en el reino de los ciegos que el que un camello pase por el ojo de una aguja. ¡No; basta el hacha!

Decíamos en el canto XXVI que los tontos del sentido común, los tontos medios o medianos—podríamos llamarlos también tontos moderados—han inventado lo de que de músico, poeta y loco todos tenemos un poco. Y es que al tonto medio, sobre todo cuando está entontecido por el ámbito en que vive, por el cotarro en que tontea, se parece por pasar por poeta y hasta por loco. «¡Es una mala cabeza!» ¡Qué elogio! O «¡es un calavera!» Una calavera sin seso.

Here pocos días me contaba aquí, en París, un famosísimo novelista español cierta conversación que mantuvo con un famoso tonto medio y, además entontecido, español también, al menos, al parecer. Y que al decirle el novelista al otro: «Pero usted es un novelista, usted tiene madera de novelista! ¡Usted escribiría excelentes novelas!» el tonto medio y entontecido, esponjándose como un pavo, contestó: «Pues, sí, no lo dude usted, tengo afición a ello...» Sólo que las graves ocupaciones de su oficio le habían impedido ejercitar su pluma, su estilo en la novela.

Y cuando el tonto medio y entontecido se suelta a manejar el estilo y dar con él tajos y mandobles a diestro y siniestro, ¡hay que ver! Cuando el tonto medio y entontecido encuentra su estilo, un estilo castizo, de casta, es decir, cuando se encuentra a sí mismo, llega a darnos piezas de tontería dignas de la inmortalidad.

Pero es que esto del tonto de término medio, del tonto que podríamos llamar fisiológico, y que luego, patológica, y acaso específicamente, puede entontecerse, entonteciendo su tontería nata, esto del tonto que se encuentra a sí mismo, como tonto se entiende, merece otro canto.

Miguel de UNAMUNO

La sierra y el hacha

